

De Lope

Juan Luis Mira Candel

*«Pues unos están en sombra
y otros bien iluminados.
Se ve a los que da la luz,
pero a los otros, ni caso.»*

Bertolt Brecht

Para mis compañeros de Jácara.

«A todos los negros que en el mundo han sido... (y serán)».

PERSONAJES

JOAN DE TÁRREGA

BLANCA: Criada.

CARTILLA: Lacayo, también llamado
MEMORILLA.

**DOÑA LUISA DE
PASTRANA:** Ama.

DON MIGUEL DE AZÚA: Juez; o MATEO MORALES,
viejo actor.

**DON FÉLIX LOPE DE
VEGA Y CARPIO:** Sombra.

La escena es en Madrid.

JORNADA I

Mañana

Un sótano espacioso y triste. Paredes desnudas.

Un par de ventanucos, situados arriba, a la izquierda, dejan entrar la mortecina luz de la mañana, que resbala desde la calle.

Un pequeño aparador, al fondo, junto a la puerta. Sobre ella, entre arabescos, una leyenda:

«Parva propria magna...».

En un rincón, un camastro y, junto a él, un arcón, que tapa a medias un pequeño cancel formado por dos rústicos bastidores que hacen las veces de biombo.

En primer plano, un escritorio.

Esparcidos sobre el suelo, papeles, libros, pliegos, legajos, en un «desordenado orden» que da al habitáculo el aspecto general del sórdido taller, entre el misterio y la clandestinidad, de un humilde amanuense o de un alucinado poeta.

JOAN dormita sobre el escritorio.

Entra sigilosamente BLANCA, llevando mucho cuidado en todo lo que hace para no despertarlo: deposita sobre el aparador la bandeja con el desayuno, descorre los toscos visillos que cubren los ventanucos para que entre un poco más de luz. Recoge una bacinilla que está tras el biombo y unas calzas que hay al pie de la cama, se extraña al verlas.

Ella saca de la habitación, sorteando los libros del suelo, sin derramar una sola gota del orín. Vuelve a entrar e inicia la limpieza de semejante revoltijo de pliegos y lomos de libros apiñados. Va hacia el jergón. JOAN se despierta en ese momento y la observa sin que ésta se percate: BLANCA se esmera en colocar una cubierta. JOAN va hacia ella y la abraza por detrás mientras canturrea:

JOAN.- «Deja el servir pues debes ser servida...»

(BLANCA, que traía el enfado ya puesto, insiste en arreglar el camastro. JOAN, sin embargo, parece tan agotado como feliz.)

¿No ves que apenas si la he deshecho? Aunque, si quieres la deshacemos juntos... **(Sonríe zalamero.)** Lo digo porque tengas un motivo para arreglarla...

BLANCA.- Cada día entiendo menos a los hombres.

JOAN.- Conque me entiendas a mí es suficiente.

BLANCA.- Quita, que eres el más extraño de todos. A lo mejor si se airea un poco esto suelta el Belcebú que lleva en el cuerpo, diantre. **(Golpea el jergón como puede.)** El ama lo quiere así, dice que últimamente te rondan malos pensamientos.

(JOAN se echa sobre la cama.)

JOAN.- ¿Sí?

BLANCA.- Sí. Y yo también lo creo.

JOAN.- ¿Como por ejemplo?

BLANCA.- Uy, pues vete a saber lo que se puede guisar en un perol como el que tienes ahí arriba...

JOAN.- Escaparme contigo. Es en lo único que piensa esta cocina: puchero de Blanca muy, muy caliente.

(La vuelve a abrazar. Caen los dos a la cama.)

BLANCA.- ¿Y desde cuándo piensas esas cosas?

JOAN.- Desde ahora. Ya puedo. ¿No has notado que hoy la luz es diferente?, fíjate bien... Tampoco es que entre demasiada, pero...

BLANCA.- ¡Estás más raro...!

JOAN.- Estoy mejor que nunca.

BLANCA.- Tienes ojeras. Pareces enfermo. Y estás más pálido que de costumbre.

JOAN.- A eso le llamo yo requiebros. Será porque esta noche ha sido muy especial. Anda, quédate un ratito.

(Ella se levanta, él sigue tumbado.)

BLANCA.- ¡Y tú limpias el resto de las estancias...! Llevas más de una semana sin siquiera dirigirme la palabra, y de repente... ¡buen día has elegido para estar hecho unas pascuas...!

JOAN.- ¿Y eso?

BLANCA.- Ya te enterarás.

JOAN.- ¿Qué hora es?

BLANCA.- Para ti, muy tarde. Ayer a estas horas llevabas cuatro o cinco hojas de esas hasta los topes de garabatos. Cuando venga a recogerlos quien tú sabes, ya veremos qué le vas a dar...

JOAN.- Eres una entrometida: si viene, tengo trabajo adelantado. Y a lo mejor, ¿sabes?, hoy no viene.

BLANCA.- Es primer martes de mes.

JOAN.- Puede ser el primer martes de mes que no venga, digo, por decir algo...

BLANCA.- Está claro: hoy no tenía que haberme levantado, que flotan malas artes en el aire... **(Continúa la limpieza.)**

JOAN.- Serán las tristezas por la reina muerta...

BLANCA.- A reina muerta, reina puesta... No te mofes. Ahí tienes unas sopas de pan. Necesitarás recuperar fuerzas...

JOAN.- **(Va hacia la bandeja, come.)** ¿Ha llegado Cartilla? Me muero por saber cómo fue ayer en el Corral de la Cruz...

BLANCA.- Hoy no toca Cartilla.

JOAN.- Ya, pero ayer se representó *La buena Guarda* y me traerá nuevas. Siempre que hay estreno se pasa por aquí y me cuenta. Algo le habrá detenido.

BLANCA.- (Ordenando como puede la habitación.) Desde primeras horas, que esto parece una posada, venga a entrar y salir vecinos. No sé qué pasa esta mañana que anda la gente como trastocada.

JOAN.- Es este octubre loco. Madrid en otoño es insoportable.

BLANCA.- ¿Sólo en otoño? Yo pensaba que para ti Madrid era insoportable todo el año.

JOAN.- No es Madrid, no te hagas la tonta: es el cuartucho éste y esta humedad, y que echo de menos el mar...

BLANCA.- Si no lo hubieras visto nunca no te pasarían estas cosas...

JOAN.- Pero yo he nacido frente a él... Y no termino de acostumbrarme a estar tan lejos.

BLANCA.- ¿Ahora que has descubierto que esta ciudad por las noches es tan divertida?

JOAN.- ¿Qué quieres decir?

BLANCA.- Lo que tú ya sabes.

JOAN.- ¿Y qué sé yo, si puede saberse?

BLANCA.- Quiero decir que soy una tonta por haberte imaginado diferente a los otros, siempre encerrado con tus libros y tus comedias. Y al primer descuido, *zas*.

JOAN.- Ah, ya: lo dices por esta noche. **(Ríe.)** ¡Si es la primera noche que salgo de este infierno!

BLANCA.- ¿Y ha disfrutado «vuesa merced» en el cielo?

JOAN.- ¡Eh, eso se llama «ironía»!, el maestro me enseñó que va a la par con la inteligencia. Aprendes demasiado rápido. Creo que has oído más de la cuenta.

BLANCA.- Es que para ser la primera vez que te corres una juerga, podías ser más discreto.

JOAN.- No es lo que tú te piensas.

BLANCA.- Las fregonas como yo no piensan, hacemos la cama, cocinamos y ponemos a remojo las calzas manchadas de «sangre» y «otras cosas que huelen peor»...

JOAN.- Me caí... estaba tan mareado. Es divertido estar mareado: no andas, te columpias... **(Imita el vaivén del columpio.)**

BLANCA.- Menuda cogorza... ¿Y te bebías el vino o te lo echabas directamente sobre la camisa? **(Se refiere a la camisa que lleva JOAN, con manchas de vino. Huele su aliento.)**
Puafff.

JOAN.- No estoy acostumbrado a beber.

BLANCA.- Los vicios se aprenden enseguida. ¿Y desde cuándo le das al morapio?

JOAN.- Desde ayer. Anoche sentí como si volviera a nacer y lo celebré con uno o dos cuartillos. O tres, no sé. La primera vez que entro en una taberna. ¡Mi primera jarra de vino! -antes era olerlo y vomitaba-. ¿Sabes lo que te digo?: lo que me he perdido.

BLANCA.- Y eso que los taberneros ya se encargan de aguar el género. ¿Y sólo cataste el vino?

JOAN.- No tuve tiempo ni fuerza para más, que la tabernera se empeñaba en presentarme a una *sobrinica* huérfana... por si quería compañía, pero ya eran demasiadas emociones para una sola velada...

BLANCA.- Todas las tabernas de Madrid están llenas de sobrinas huérfanas...

JOAN.- Se lo tengo que comentar al Fénix, buen tema para una comedia. ¡*Quia!*, seguro que él ya sabe de estos asuntos. Él sabe de todo, y de una manera especial, de todo lo que tenga que ver con la noche, sus parrandas y sus cuernos. **(Ríe. Comenta para sí.)** Sabía.

(Pausa.)

BLANCA.- Desvarías, Joan, pero la verdad es que nunca te he visto tan contento... **(Sonríe condescendiente.)** ¡Lo que hace una buena juerga!

JOAN.- Lo que hace ser libre, Blanca. Mira. **(Y se pone a zapatear sobre los libros y a volar de tomo a tomo.)** ¡Estoy viajando! ¡Por los aires, cual Ícaro inmortal, de las Grecias a Jerusalén, de la China hasta...!

(Pierde el equilibrio en el último salto, cae. Acude BLANCA, JOAN finge dolor, una excusa para recibir los mimos de la criada, hasta que ésta se da cuenta.)

De todo lo que he hecho esta noche tú tienes parte de culpa.

BLANCA.- Cuánto misterio..., pero -en fin- vale la pena verte así...

(Va hacia un arcón, saca una camisa y se la da.)

Anda, lávate un poco, te afeitas y después te pones esta camisa. Las calzas ya he visto que te las has cambiado, pero eso no te ha quitado el olor a perro vicioso. Está bien que seas un poco feliz, que ya te tocaba, pero aseado lo serás todavía más.

JOAN.- A sus órdenes, mi alférez.

(Y empieza a asearse, tras el cancel, mientras habla con BLANCA.)

¿Sabes? Mal poeta es el que compone sus invenciones entre cuatro paredes.

BLANCA.- Aplícate el cuento, que no sales de este sótano ni que te maten.

JOAN.- Por eso lo digo: creo que lo he descubierto un poco tarde, pero ha merecido la pena... Tampoco ha sido mi culpa. Desde hace once años no he tenido tiempo casi de respirar, que había mucho parche que coserle al Monstruo de la Naturaleza... **(Sale del cancel.)** En un rato que he pisado la calle Mayor, y he pasado por los Trinitarios, y he entrado en esa tabernucha, y he visto a esas damas tan hermosas rebosando carnes, que todavía no entiendo cómo no se les salen de los vestidos, y me topé con esa gentuza «de verdad» mendigando por doquier, y he recorrido San Ginés, y el mesón del Peine, y la costanilla de las Hileras y la de las Fuentes... bajo esa lluvia de mierda y orín que a partir de las doce todo hijo de vecino empieza a arrojar desde las ventanas, *jagua va!*, y *chof*, si te despistas, baño gratis de porquería..., y he presenciado una riña entre tahures, he olido los perfumes de una mancebía y casi me atropella una carreta de bueyes... y...

BLANCA.- ¿Todo a esas horas?

JOAN.- A fe mía que algo me dejo en el tintero, que la noche dura en intensidad lo que dura el día, Blanca... Y toda ella es una caja de sorpresas. Será porque la mentira, en oscuro, da más juego; pues bien... como te digo: se me han ocurrido en unas horas más historias que todas las que puedan encerrar estos mamotretos que me hacía destripar el amo...

BLANCA.- No sé por qué hablas así...

JOAN.- ¿Cómo?

BLANCA.- Así, en ayer.

JOAN.- En pasado.

BLANCA.- Eso. **(Leyendo con dificultad unas hojas con las que acaba de tropezar.)** *El Dia-blo en pa-la-cio...*

JOAN.- Cómo adelantas, *Blanquica*. Si ya te dije yo que en pocas lecciones ibas a poder leer hasta el *Hidalgo don Quijote...*

BLANCA.- No te rías de mí, y además, ya sabes que a don Lope no le gusta que mientes esa novela...

JOAN.- Pura envidia. Pero no has terminado de leer, sigue, vamos...

BLANCA.- *El Diablo en Palacio*, del ¿ba-chi-ller?

JOAN.- Por poner algún sobrenombre...

BLANCA.- Bachiller Jo-an de Tá-rre-ga. ¡Ahí va! Ése eres tú.

JOAN.- El mismo que calza, mi primera obra «en solitario». Bueno, en realidad, mi segunda. Ya te he contado lo que le pasó a la primera...

BLANCA.- Ya me lo has contado algunos cientos de veces...

JOAN.- En alguien tengo que desahogarme...

BLANCA.- A lo mejor, a partir de ahora, tienes muchas huerfanitas en los bodegones que te arrimen el hombro y lo que no es el hombro...

JOAN.- No si tú lo quieres...

BLANCA.- ¿Cómo?

JOAN.- Que si tú quieres, mañana, esta tarde mismo, óyeme bien, que lo tengo muy pensado y decidido: ¡nos desgarramos...! Te hablo en serio.

BLANCA.- ¿Tú y yo, juntos?

JOAN.- Pues claro. Te estoy proponiendo que nos escapemos y nos vayamos a vivir lejos de aquí... a... no sé, cualquier sitio será mejor que éste..., eso sí: ¡cerca del mar!

BLANCA.- Basta ya de chufas, Joan, que parece otro... Como si de la noche al día un encantamiento de esos te hubiera trastornado...

JOAN.- Es lo que me ha pasado: se me ha abierto la conciencia... ¡de par en par! ¿No me prefieres así? Soy otro. Y mira, sé sonreír... ¡Me acuerdo!

(Va hacia ella y la abraza, ella se muestra esquiva en un principio. Después se entrega con cierto recato y lo abraza también.)

BLANCA.- Sabes que no he querido nada más desde que entré por primera vez en esta habitación y te vi, hace ya... ¿cuánto?

JOAN.- Cuatro años, tres meses y seis días...

BLANCA.- Ahí, siempre en ese rincón, la pluma, la poca luz, los versos, Cartilla con sus encargos de urgencia, las visitas del señor don Lope, siempre tan ingenioso, y doña Luisa, figoneando: «a ése déjame tranquilo, tiene mucha ocupación y no voy a consentir que me lo aturulles, que ahí donde lo ves, realiza una empresa productiva y valiosa». Y tú, como un gorrión indefenso, *consumidico*, sin decir esta boca es mía, midiendo palabras, a media voz, como uno de esos locos del hospital, sin apartar los ojos de los malditos pliegos...

JOAN.- No me quedaba otro remedio.

BLANCA.- Y yo, queriéndote en silencio.

JOAN.- Ya lo sabía, ¡toma, y yo! ¡como que no te perdía de vista un solo momento, de reajo, que casi me quedo tuerto! Que he bebido los vientos por ti desde el primer día que atravesaste esa puerta, ¿te acuerdas?

BLANCA.- (Reviviendo la escena, sin moverse.) ¿Da Vuesa Merced su permiso?

JOAN.- ¿Mmmm?

BLANCA.- ¿Que si da su permiso?..., soy la nueva criada y me mandó la dueña entre otros quehaceres limpiar el cuarto cada mañana para que no perdáis tiempo en estos menesteres y podáis dedicaros mejor a vuestras labores.

JOAN.- ¿Mmmm?

BLANCA.- Y yo pensé: doña Luisa no me ha dicho que fuera mudo el pobre. Y vi cómo me hacías una señal con la mano, sin quitar la vista del maldito papel, para que entrara y limpiara. Y al día siguiente, igual... ¿Da Vuesa Merced su permiso? ¿Mmmm? Parecías un carnero...

JOAN.- ¿Sabes lo que significaba ese «mmm»? Significaba: por la madre que no conocí; por mi padre, el ilustre Francisco de Tárrega, canónigo y «nocturno», gracias, gracias, Dios misericordioso, por enviarme al fin un ángel.

BLANCA.- Pues yo hubiera tenido gran contentamiento con que me hubieras dicho, simplemente, «adelante»; lo que no sucedió -y buen susto me llevé- hasta pasada una semana.

JOAN.- Me nacieron así de tímido. Siempre me he sentido como vigilado y, salvo cuando era un gañán, en mi tierra, apenas he hablado con nadie... y no me he atrevido ni he tenido tiempo para decírtelo. Ni dinero. Ahora tengo de las dos cosas. Mira: **(Le enseña una pequeña bolsa.)** El salario de estos cinco últimos meses más un pequeño adelanto por mi comedia y lo que he podido «sisar» del alojamiento que Lope le entrega a doña Luisa...

BLANCA.- ¡Has sido capaz de robarle al Fénix?

JOAN.- (Enfadado por primera vez.) ¿Roharle? ¿Has dicho «roharle»? ¿Y cuánto me ha robado él a mí... eh? Mis mejores años, aquí, enclaustrado, escribiendo para él: hoy termina este soliloquio, ingenia un enredo sobre los Príncipes Fulano y Mengano, arregla estos sonetos, pule estas décimas, cambia este personaje, termina esto y aquello, esta lira no me cuadra, pule, corrige, alarga, limpia, cambia, termina, termina, termina... ¡Si me hubiera dejado al menos empezar algo...! Yo sólo debía «rematar»... y nunca mejor dicho.

BLANCA.- No me hables de esas cosas, sabes que no entiendo..., pero creo que eres injusto: gracias a él tienes un techo que te cobije... y un oficio...

JOAN.- No sé si hubiera sido mejor entrar en el hospicio y terminar a la intemperie...

BLANCA.- No digas boberías. En el fondo pensamos lo mismo, aunque te duela: don Félix -con sus cosillas- es una buena persona, que se hace querer, es respetuoso y respetable, y tiene algo que cautiva, no sé... lo pienso yo, lo piensas tú, mal que te pese, ¡ah, y lo piensa todo Madrid...!

JOAN.- Me gustaría meter a mí a todo ese Madrid en esta celda.

BLANCA.- Te aseguro que una buena parte de él estaría aquí muy gustoso, contento sólo con saberse al servicio de caballero tan principal.

JOAN.- Sí. Así es la vida. Y así es don Lope de Vega, qué le vamos a hacer...

(Suenan pasos.)

BLANCA.- Hablando del ruin de Roma...

(JOAN golpea con el pie, contrariado y sin demasiada convicción, uno de los volúmenes que todavía quedan sobre el suelo.)

Vamos... Disimula ese enfado... Estás tan apuesto cuando sonríes...

JOAN.- ¿Quién está enfadado? **(Forzando la sonrisa.)**
Además, esos pasos no son de quien imaginas...

(Entra CARTILLA, todo donaire, simpleza y frescura. Esconde tras de sí un pequeño recipiente.)

CARTILLA.- A la paz de Dios, don Joan; buena mañana tengas, *Blanquica*...

JOAN.- Entra, Cartilla, te esperaba...

(Intentan disimular JOAN y BLANCA el enojo de la anterior discusión.)

CARTILLA.- Dadme albricias, que me las merezco...
(Pausa.) ¡Válgame Dios!, ¿y esas caras que juegan a decir lo que no sienten?, ¿es por mi culpa, que he interrumpido el deleite que no debiera...? ¿o es la mueca de preocupación con que ha amanecido hoy Madrid?

JOAN.- Ni una cosa ni la otra, discutíamos de ciertas gratitudes...

CARTILLA.- Pues yo de vos no perdería el tiempo en esas lindezas, teniendo a mano cosas más apetitosas que aprovechar... **(Insinúa las curvas de BLANCA.)** ¡A ver si esto os devuelve el apetito! **(Descubre la jarra.)**

JOAN.- ¿Aloja?

CARTILLA.- Os dije que un día la probaríais. Pues, palabra cumplida: bebed... ¡auténtica aloja del Corral de la Cruz!

(Mientras bebe JOAN, como en trance.)

Ayer estaba helada... y pasada de jengibre y clavo, como a mí me gusta... hoy habrá perdido algo de sabor, pero...

JOAN.- Sabe a gloria... pruébala, Blanca...

BLANCA.- Ya la he tomado muchas veces, como gente normal que una es... ¡que pareces extranjero...!

CARTILLA.- Hablando de extranjeros, en la corte y entre los más encopetados de nuestra nobleza cada vez les da más por beber ese mejunje baboso y muy amargo que trajo de Flandes nuestro Carlos, que Dios tenga en su seno, y que el Rey Felipe manda fabricar ya en el mismísimo palacio, que dice que su sabor le vuelve loco...

BLANCA.- ¿Más?

(Ríen.)

¿Y cómo se llama?

CARTILLA.- «Cerviza»... o algo así. ¡Rarezas de postín...!

JOAN.- Modas pasajeras condenadas al fracaso... **(Apurando la vasija.)** Cuánto he esperado este sorbo. Deliciosa. En más de una ocasión se avino doña Luisa a preparármela... que al parecer es harto sencilla, pero siempre me dije: la primera aloja que beba sabrá a versos y a comedia...

CARTILLA.- ¿Y don Félix?

BLANCA.- Todavía no ha pasado por aquí...

CARTILLA.- ¡Pesía a tal! ¡En verdad cosas extrañas están sucediendo! Esperaba encontrármelo... ¿No es primer martes de mes hoy?

BLANCA.- Sí es.

CARTILLA.- Pues escuchad: si no he llegado antes, ha sido porque pasé hace un rato por su casa de los Francos, como acordamos ayer en la Cruz, para que me entregara algunos ducados, no para mí, que más quisiera, sino para Vaca, que los necesita para el viaje a Granada donde van a representar en la casa del Carbón *La prueba de los amigos*. Llego a la hora convenida y doña Juana -cada día más fea la infeliz- me dice que en toda la noche no ha pasado por allí don Félix, lo cual no es ninguna novedad, me lo dice con ese natural, claro, es la primera que sabe que en Lope es habitual dormir en nido ajeno. Voy entonces a ver a... ejem, y doña... ejem -cada día más rolliza- me dice que hace un par de días que no lo ve -a ésta se le ve algo mosca-; que busque debajo de algún guardainfante... ¡Sólo me faltaba a mí eso: rastrear una quinta de los guardainfantes que visita el Fénix! Aquello empieza a ponerse molesto... Por si fuera poco, al cruzar por Santa Ana, me encuentro al Podrido... el ciego lisiado ese que cuando se acerca algún corchete a media legua le vuelve de repente la visión y corre que se las pela, bueno, él siempre está al tanto de todo eco que se cueza por la calle. Y me pide un maravedí por el último rumor. Se lo doy y escupe tan campante: «dicen que a don Lope le han puesto a mascar barro...»

BLANCA.- ¿Cómo?

CARTILLA.- Que está muerto.

BLANCA.- ¿Muerto?

CARTILLA.- O está vivo, añade el rufián después de esconder la moneda por si le parto el cráneo. Y prosigue: «quién sabe, es la comidilla de las últimas horas, pero el caso es que algo gordo le ha debido de ocurrir esta noche pasada». Que si hay quien dice que lo han matado en una emboscada unos gabachos de paso, o que si algún enemigo suyo de esos envidiosos, que son tantos entre la farándula, le ha atizado una estocada... en fin, que no se sabe bien... Como del Podrido no me fio un pelo, pregunto en el figón de *Sanchico* y allí nadie sabe nada, aunque a todos les corre por la piel que algo singular ha acontecido...

JOAN.- Habladurías de la gente, ya sabes cómo son...

BLANCA.- Desde luego que algún accidente o similar ha debido de pasar. O a don Lope o algún allegado, que se respira la desgracia, te lo digo yo. Es a lo que me refería antes, Joan. Muy temprano ha amanecido la casa como un hervidero de personas que entraban y salían, de caras largas y de preguntas a doña Blanca, sabiendo que don Félix, de vez en cuando, también hace parada y fonda en esta estación...

JOAN.- No hay por qué preocuparse: que sepamos, desde la Osorio y su destierro -y eso que todavía era un veinteañero- va de pendencias a reyertas pasando por algún pleito mal amañado... ¡Un escándalo más, seguro! A saber por dónde andará...

CARTILLA.- Desde luego a vos no parece haberos traspuesto... y a fe mía que sois uno de los que más se juega en esto, que si fuera cierto lo que cuenta el Podrido...

JOAN.- Te aseguro que no se me iba a parar el mundo..., y venga ya, *Cartillica*, déjate de chascarrillos y ¡al asunto!, que a eso has venido... ¿no?

CARTILLA.- (Que parece empezar a preocuparse.) ¿Qué asunto?

JOAN.- ¡*La buena guarda!* ¿Gustó?

CARTILLA.- ¡Pardiez!, ¿no va a gustar? Escribiera rebuznos en lugar de versos don Lope que, firmándolos él, deleitarían igual... (A BLANCA.) Y tú, *mocica*, mientras aquí don Joan y yo hablamos de estas cosas, por qué no le entresacas a doña Luisa algo... a ver si salimos de dudas y nos sosegamos todos un poco ¡Que don Lope me debe más de un real, diablos! Bueno estaría que en verdad le hubiera pasado algo...

BLANCA.- Doña Luisa no está en casa, salió hará media hora con urgencia, ¿crees que si no iba a estar yo aquí tan tranquila, estando ella por ahí husmeando...?

JOAN.- (Saca una moneda de la bolsa. Se la ofrece a CARTILLA.) A ver si esto te suelta la lengua. Venga ya, olvídate de chismes y aboca... Al grano, la pieza gustó, eso ya me lo imaginaba, que ni los mosqueteros hoy por hoy se atreven con el Fénix...

CARTILLA.- Los mosqueteros parecían dóciles corderos, don Joan. ¡Un respeto! Sólo cuando algunos de esos parlamentos se alargan demasiado...

(Hace una «sentida» pausa y concluye.)

...o me mates.

(BLANCA está emocionada y aplaude.)

Contemplad esos aplausos, ahora multiplicadlos por todos los asistentes, cada cual con mayor o menor fervor. Un trueno. Qué clamor. Las mujeres hacían palmas como podían, que bastante tenían con enjugarse lágrimas y apagar congojas y sonarse los mocos... Y eso que todavía no había concluido la primera jornada, para lo cual tuvo que hacer mutis Olmedo, el mayordomo, y despedir la escena...

JOAN.- ¡Qué justicia la del genio!, siempre hace lo mismo: sobre seguro, se guarda para él los mejores romances, los más agradecidos...

CARTILLA.- Y sentidos, Joan, que los borda... ¡ni Gongorilla! Mirad, mirad: la piel de gallina... todavía me dura...

JOAN.- ¿Y el fragmento del pastor?, ése lo escribí yo. De prisa y corriendo, para no hacer mudanza en la costumbre: **(Imitando a LOPE.)** «¡Juanito...!» -odio que me llame Juanito, pero desde que me trajo aquí no me ha llamado de otra forma...-, «¡eh, Juanito!: que a Riquelme le ha gustado tanto *La encomienda bien guardada*, que así se llamaba en un principio, «que se le ha antojado salir en la representación, a ver si se te ocurre algo para lucimiento del que paga... Podría salir de ángel, o de Dios, o de...» ¿De pastor de ovejas descarriadas, como una de esas alegorías que tanto gustan ahora... por ejemplo? -propongo-. «Magnífica idea... Juanito... qué haría yo sin ti...» Y yo, siempre que me adula de tal forma, pienso: en vez de escribir una comedia a la semana, bribón, escribirías sólo media...; pero en lugar de decir lo que pienso, reconociendo mi docilidad, pienso más bien lo que voy a decir y pregunto sin entusiasmo: ¿Cuántos versos? «No más de cien, que Riquelme está ya anciano y le flaquea la memoria, pero al vulgo le gusta verlo aparecer... Será suficiente. Los colocas en la segunda jornada y ya poco antes de cerrar la comedia... Mañana pasa Cartilla y los recoge. ¡Qué haría yo sin ti...», repite el «Monstruo»... «¡Juanito!». Y ahí me tenéis: pariendo estancias para el Pastor...

CARTILLA.- Pues, ¡por mi madre, que no entraban ni con tocino...!

JOAN.- ¿Qué?

CARTILLA.- Que cuando salía el Pastor aprovechaba la chusma para despachar los barquillos y golosinas, y los mosqueteros carraspeaban con el fin de que no se hiciese notar la memoria quebradiza de Riquelme...

JOAN.- ¿Pero no gustó ni un ápice así...?

CARTILLA.- Ni medio. Bueno, sí, cuando hizo mutis y desapareció... Una dama, por llamarla de alguna manera, desde la cazuela gritó «¡beeeee!» y todos rieron la gracia, hasta la Argüello y Riquelme... con gran contento porque la comedia es un filón del mejor oro de las Indias..., que a la postre es lo que les importa. Al término de la representación, cuando las ovejas descarriadas vuelven al redil, que no había otra forma divina de cerrar la comedia con la bendición de los censores, teniendo en cuenta que el Fénix puede considerarse ya casi uno más de tan «respetable» familia de inquisidores, pararon las lágrimas de amor humano, pero hubo tantos aplausos que Lope, desde el palco, tuvo que saludar como el actor más vitoreado mientras el corral todo él era un estruendo y coreaba su nombre y rezaba aquello harto conocido ya de «Credo en Lope de Vega, todopoderoso... y bla, bla, bla», algo que, como sabéis, no hace gracia en demasía a la Iglesia ni a sus «pastores»...

BLANCA.- (Ante la postración de JOAN.) Válgame Dios, Joan, que ahora sí se te ha cortado de cuajo la sonrisa...

JOAN.- La falta de costumbre.

BLANCA.- Y siempre por lo mismo... En vez de estar orgulloso de ayudar al Fénix pareces que estás esperando que fracase para así poderte alegrar...

CARTILLA.- En todas las grandes obras y monumentos uno pone la chispa del ingenio y otros han de arrastrar y colocar las piedras...

JOAN.- Un servidor está cansado de ser mulo de nadie... ¡También yo soy autor de comedias, y a este paso me veo el resto de la eternidad condenado a zurcir los versos de otro...! ¡Y olvida de una vez el trato de caballero, Cartilla, que entre lacayos no es uso!

CARTILLA.- Me cuesta hablaros, digo, «hablarte» de igual...

BLANCA.- (Pausa.) Joan, don Lope no es «otro», es...

CARTILLA.- «Único». Ya me agradecería a mí ponerme en «tu» lugar para servir así a la grandeza de España...

JOAN.- «¡Voto a Dios que me espanta esta grandeza!»

CARTILLA.- Eso suena bien, mas exagerado...

JOAN.- Se lo dices al manco, que él lo escribió...

CARTILLA.- Ni por pienso imaginaba que iba a aguar la fiesta de tal guisa, con las tres nuevas que traía: la aloja...

JOAN.- Gracias.

CARTILLA.- El éxito de la comedia...

JOAN.- Gracias y desgracias.

CARTILLA.- Y... sin duda, la que más esperas, y habrás de esperar en vano, pero...

JOAN.- Pero qué...

CARTILLA.- No yerro si te digo que, según colijo, te va a levantar el ánimo...

BLANCA.- Pues dilo ya, Cartilla, que nos tienes en ascuas...

CARTILLA.- Esta noche, en la Taberna de Maese Ricaredo... ¡beberé unos cuartillos con mi compadre Bernardo...!

JOAN.- ¿El de Sevilla?

CARTILLA.- De allí viene. Y sabiendo lo aficionado que es a visitar las Atarazanas...

JOAN.- ¡Habrás asistido al *Diablo en Palacio*...!

(Se le ilumina el rostro. Asiente CARTILLA.)

En efecto, sin ser todavía una buena noticia, hace que el pulso se me dispare... Mirad.

BLANCA.- Te vuelve la color...

JOAN.- Hace una semana ya que se estrenó y todavía no sé qué tipo de suerte ha corrido, aunque, plugo al cielo, que si la primera comedia que firma Joan de Tárrega resulta venturosa muchas cosas han de cambiar de aquí en adelante... ¿Y a qué hora lo has de ver...?

CARTILLA.- Al caer la tarde, que era descargar unos sacos de cebada y se reunía conmigo...

JOAN.- *Cartillica*, infórmate de todas las triquiñuelas habidas durante la función, hasta el último suspiro, ¿me oyes? ¡con pelos y señales!, no se te vaya a olvidar detalle: tú conoces bien la obra y la recuerdas...

CARTILLA.- Me la has leído más de cincuenta veces, si la conoceré, de *pe* a *pa*..., y ya te expuse mi modesta opinión: es una buena comedia, bien medida, aun que algo arriesgada a mi ver, que eso de hablar de demonios vestidos de secretarios no sé si estará hecho para los oídos de hoy...

JOAN.- No reparó la censura en ningún desliz...

CARTILLA.- Y eso me hace tener la mosca detrás de la oreja, que si les hubiera gustado la pieza y molestado el contenido, seguro que le hubieran puesto pegas y no la dejaran representar, aunque a la inversa suelen mostrarse benévolos...

JOAN.- Sevilla tendrá la última palabra...

CARTILLA.- A fe mía, que quien «paga» otorga...

(Se oyen pasos.)

BLANCA.- (Recogiendo precipitadamente lo que puede.) ¡Cielo santo! El ama, que ya ha vuelto... y la casa a medio hacer, me veo en la calle..., algo que ya me hubiera pasado si el bueno de don Félix... (Mirando a JOAN.) no terciara...

CARTILLA.- Traerá nuevas...

JOAN.- (Acercándose a BLANCA, intentando que no le escuche CARTILLA.) Piénsate lo que te he dicho, si decides venir conmigo, mañana, con la primera luz, tocas a la puerta, yo estaré preparado. Te juro no que te arrepentirás...

(Entra DOÑA LUISA. Trae un objeto plano envuelto en paños.)

DOÑA LUISA.- (Por BLANCA.) ¡Buenas horas son éstas para chácharas!

JOAN.- Dispensadla, doña Luisa, la llamé yo, que he pasado mala noche y le pedí me preparara unas sopas...

DOÑA LUISA.- Mala noche has debido de pasar, en efecto, según se cuenta por ahí...

BLANCA.- (Retirando la bandeja.) ¿Qué se cuenta?

DOÑA LUISA.- Nada que te incumba... Ve a la cocina, que ahora iré yo y hay mucha faena: tenemos invitados para almorzar.

CARTILLA.- Yo también me marchó, que lo que tenía que despachar ya...

(BLANCA termina de recoger y se marcha; antes de salir cruza la mirada con JOAN.)

Ah, bueno, doña Luisa, ¿no sabréis, por un casual, dónde puedo encontrar a... don Lope...?, puesto que me encargó unos asuntillos y me temo que se va a pasar la mañana sin resolverlos...

(DOÑA LUISA observa en silencio a JOAN.)

¿Le ha sucedido algo al Fénix...?

DOÑA LUISA.- Me temo que sí, pero mejor te lo podrá contar aquí tu amigo Juanito...

JOAN.- No sé a qué os referís...

DOÑA LUISA.- Bien sabes que sí...

CARTILLA.- Con el permiso de Vuestas Mercedes, me marchó... que -me lo dictan mis cortas entendederas- parece ser lo más sensato...

(Antes de marcharse, JOAN se acerca a él.)

JOAN.- Nada más enterarte de qué ha pasado con *El diablo*, Cartilla, por tu padre, pásate por aquí y me lo cuentas, aunque sea de madrugada...

DOÑA LUISA.- ¡Conque entre demonios anda el juego...!

CARTILLA.- Sí haré... (Se va.)

(DOÑA LUISA desenvuelve el objeto que traía, es un retrato de DON FÉLIX LOPE DE VEGA Y CARPIO, que le muestra y después deja sobre el escritorio de JOAN.)

DOÑA LUISA.- A partir de ahora presidirá esta sala...

JOAN.- ¿Alguna vez no lo ha hecho don Lope?

DOÑA LUISA.- Por lo visto, no lo suficiente. Afuera aguarda don Miguel de Azúa, hombre principal e ilustre. Quiere hablar contigo...

JOAN.- ¿Y a qué se debe el honor?

DOÑA LUISA.- A que es juez y ha de investigar la necedad cometida por un desagradecido...

JOAN.- ¿Un juez, en persona? ¡Con un simple escribano o un alguacil bastara!

DOÑA LUISA.- El asunto, al parecer, requiere la más alta jerarquía.

JOAN.- Pues que pase cuando quiera, será un placer hablar de ingratos y deudos...

DOÑA LUISA.- Le he dicho que esperara unos minutos, que antes tú y yo teníamos que hablar.

JOAN.- Vuesa Merced y yo no hemos cruzado nunca más de una frase. Sin duda hoy es un día muy especial... Ya me lo decía a mí este extraño color del aire...

DOÑA LUISA.- Mira, Joan, llevas en esta casa mucho tiempo. Llegaste siendo un mozalbete asustado y te has convertido en todo un hombre del que, créeme, nos sentimos orgullosos. Nunca pregunté a don Félix nada: su palabra aquí no se discute, me dijo que te diera albergue y comida y te cuidara como si fueras de la familia, así lo he intentado hacer. No ignoras que entre el Fénix y yo siempre ha habido algo, no es únicamente lo que tú te crees pero, más allá de algún lance de cama -que lo hubo y lo habrá, para gloria mía- ha habido, por mi parte, admiración y respeto. Una servidora, cómica, hija de cómicos, ha aprendido de la vida y del amor -sobre todo del amor, con mayúsculas- recitando el verso del Fénix. Y eso no puede olvidarse. Esta casa donde moras es fruto de un trabajar sin descanso, que ha durado más de veinte años, en el que una, si es mujer, sube al escenario no sólo su alma, sino el honor, y se convierte en el centro de todos los insultos. Algo de eso sabes. Tuve siempre el apoyo de don Lope, no lo niego, que me dio sus mejores personajes, desde la Laura sevillana hasta Fenisa, la del anzuelo y la discreta enamorada, y me ayudó con más de un doblón para instalarme en Madrid. He dejado de subir a las tablas, pero siempre que piso las siento debajo. El oficio de comediante se lleva en la sangre y yo he tenido el honor de compartirlo con el mayor de los ingenios. Por él soy capaz de cualquier cosa, aun sabiendo que he de competir con el fervor de tanta gente y, especialmente, los abrazos de alguna que otra jovencuela. Pero todo tiene su compensación y razón: los que conocemos a don Lope sabemos que es irrepetible y también que es la envidia la comida de los menesterosos que se ceban en él, entre los que espero no te encuentres. Desde que muy de mañana me despertaron los corchetes y me refirieron su desaparición se me secó el aliento y no he parado un instante; está la villa alborotada, que no vive del desasosiego pensando que a su ser más querido y famoso le haya podido pasar algo. Y lo extraño es que todas las sospechas, quién me lo iba a decir, apuntan hacia esta casa, que Madrid es un pueblo grande y resulta muy difícil esconder la perfidia. Tú verás lo que has hecho pero te juro que si algo le ha sucedido a don Félix y tú has sido el culpable, si no acaba contigo la justicia, lo haré yo...

JOAN.- La verdad, doña Luisa, tiene muchas caras; os conformáis sólo con ver la más brillante. Hay otras muchas, oscuras y tenebrosas, que desconocéis...

DOÑA LUISA.- No me interesan... A una vieja comedianta como yo, que ha vivido tardes de gloria que ya nadie le podrá quitar, que tenía que enfrentarse en cada representación al coro de mujeronas y mosqueteros gritando *¡ramera!* y que aprendió a hacerles callar con la palabra a veces enamorada, a veces dolorida, del teatro de verdad, sólo le interesa la única cara posible: la del corazón...

JOAN.- ¡Bravo! **(Aplaude.)** Seguíis teniendo talento. Mis sospechas se confirman: Lope es dueño del más poderoso de los ejércitos...

DOÑA LUISA.- ¡Cuerpo de Dios! ¿Lo dudabais? **(Pausa.)** Y oídme otra cosa: no quiero que, en vuestra defensa, digáis nada que pueda ir en contra del Fénix...

JOAN.- Todavía no se me ha acusado...

DOÑA LUISA.- Si decís algo o tan sólo insinuáis cualquier materia que pueda ponerle en entredicho, desde luego que no seguiréis pisando esta casa...

JOAN.- Lo tendré en cuenta...

DOÑA LUISA.- Y, ahora, mientras yo doy aviso a don Miguel para que entre, colocad el retrato de vuestro señor donde podáis sentir siempre su presencia...

JOAN.- No he sentido otra cosa desde que me «rescató» de Valencia... **(Busca un emplazamiento.)** ¿Dónde?

DOÑA LUISA.- Allí mismo, sobre la puerta, junto a su sentencia favorita...

(Mientras JOAN se sube a una silla para situar el retrato, DOÑA LUISA da un repaso al estado de la habitación.)

JOAN.- ¿Sabe Vuesa Merced que esta frase está incompleta?

DOÑA LUISA.- Sé que en todas las casas de Lope está, por algo será, aunque no entiendo de latines...

JOAN.- Las cosas pequeñas que uno posee son grandes...

DOÑA LUISA.- Una gran verdad...

JOAN.- Falta la conclusión, que en sus residencias está salvo aquí... (**Antes de que salga del cuarto DOÑA LUISA.**) Magna aliena parva, las grandes cosas ajenas son pequeñas... Una bonita leyenda contra la codicia, ¿no creéis, doña Luisa?

(Sale ésta mientras JOAN termina de colocar el cuadro.)

El cinismo es la única moneda que sabe regalar el poder...

(Entra DON MIGUEL DE AZÚA, con paso severo y pausado. Viste de negro y la gorguera le otorga un punto de incómoda distinción, no para de llevarse la mano al cuello para aflojársela. Trae una prenda, envuelta en lienzo, que sostiene como si fuera una bandeja y deposita sobre la cama. JOAN está bajando de la silla.)

AZÚA.- ¿Me decía Vuesa Merced?

JOAN.- Adelante, pasad, don Miguel, que así me dijo doña Luisa fuera su nombre...

AZÚA.- Don Miguel de Azúa, magistrado juez y corregidor de esta villa...

JOAN.- Hablaba conmigo mismo, es una práctica a la que conduce la soledad...

AZÚA.-
*A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para estar conmigo
me bastan mis pensamientos...*

JOAN.- Vaya, otro admirador del Fénix. ¿Os gustan estos versos?

AZÚA.- (**Tras observar la sordidez del cuarto.**) Los detesto.

(Oscuro gradual.)

JORNADA II

Tarde

Han transcurrido algunas horas. La luz ámbar de la tarde entra por los ventanucos. Al abigarrado desorden del inicio hay que añadir ahora un par de bandejas con restos de comida, algunas copas y una vasija de vino. El juez, MIGUEL DE AZÚA, revisa algunas de las notas que acaba de tomar. JOAN, acomodado sobre una pila de libros, saborea una copa de vino. El ambiente es distendido.

JOAN.- Nunca pensé que Vuesa Merced y yo nos fuéramos a entender tan pronto.

AZÚA.- Y yo estaba determinado a encontrarme con un asustado manojito de nervios...

JOAN.- La procesión va por dentro.

AZÚA.- (Tras anotar las últimas consideraciones.) Disculpad que me haya visto obligado a utilizar parte de vuestra tinta, que la que traía, con tanto escribir, se me acabó en un abrir y cerrar de ojos.

JOAN.- Servirá mejor para redactar mi inocencia.

AZÚA.- Todavía no os he acusado de nada.

JOAN.- No resulta complicado leer algunos gestos: la entrada de doña Luisa, luego la de Vuesa Merced... algunos juicios dictan sentencia antes de celebrarse...

AZÚA.- Voto a Dios que sois demasiado joven para ser tan anciano...

JOAN.- Los libros, don Miguel, que sin ser la vida misma nos explican sus mecanismos. Mi existencia aquí ha sido la de un monje, y cada año vale por diez; menos en la oración y en la piedad todo discurría igual: leer, escribir, copiar y, en los escasos ratos libres, pensar -actividad ésta que me resultaba al principio odiosa, aunque terminó siendo reconfortante...

AZÚA.- ¿Y eso?

JOAN.- Con el pensamiento, como le pasa al preso del romance sintiendo el canto del pajarillo, ¿lo recordáis?, uno envejece antes, aunque también puede llegar a sentirse el hombre más libre del mundo.

AZÚA.- Y convertirse en maquinador de las más pérfidas invenciones.

JOAN.- Tal vez... De eso hablábamos esta misma mañana doña Luisa y yo, de las múltiples caras de la verdad.

AZÚA.- La justicia sólo conoce una verdad.

JOAN.- Pero la ley las tiene en demasía.

AZÚA.- ¡Vaya pico tiene la hormiga!

JOAN.- ¿La hormiga?

AZÚA.- Así os llamaba el Fénix, quien alardeaba de tener a su servicio la hormiga más fiel y diligente que jamás ha existido. ¿Acaso lo ignoráis?

JOAN.- Don Lope, conmigo, nunca ha tenido tiempo más que para hablar de su teatro y necesidades más perentorias.

AZÚA.- ¿Ha tenido? ¿Por qué habla Vuesa Merced como si nunca más lo fuerais a ver...?

JOAN.- Vuesa Merced también utilizó el pasado... durante todo el interrogatorio.

AZÚA.- Y por eso a vos, desconociendo los hechos, debiera haberos sonado extraño...

JOAN.- El aire que se respira esta tarde bien parece sospechar un desenlace fatal.

AZÚA.- Fatal, en efecto. **(Pausa.)** Cinco cuchilladas. Un desalmado le propinó cinco cuchilladas cuando el Fénix cruzaba los Descalzos... **(Lo dice sin ningún asomo de emoción, mientras observa el exiguo mobiliario y la sordidez del sótano.)**

JOAN.- Por fin. Tanto rodeo para llegar a esto.

AZÚA.- Es el procedimiento. Primero, el protocolo, las observaciones de rigor...

JOAN.- *En el acto primero ponga el caso...*

AZÚA.- Después entramos en harina...

JOAN.- *En el segundo enlace los sucesos...*

AZÚA.- Las cuchilladas, el crimen...

JOAN.- *De suerte que hasta medio del tercero*

apenas juzgue nadie en lo que pare...

AZÚA.- No se trata de una comedia...

JOAN.- ¿No? Una traición, sangre, el cercano olor a un culpable... Y, sin embargo, no parece que os perturbe semejante ignominia...

AZÚA.- Un juez debe permanecer al margen de emociones. Además, en esta ciudad los desmanes son frecuentes, uno se acostumbra a todo... Recordad la copla:

Matan a diestro y siniestro;

matan de noche y de día;

matan al Ave María;

matarán al Padre Nuestro...

JOAN.- ¿No será que al fin estoy conociendo en carne y hueso a uno de sus detractores?

AZÚA.- No me situéis entre sus detractores. Suelen decir que el Fénix nació para que se le adorara o se le aborreciera. Pues bien: yo, por él, siento únicamente indiferencia. Debo de ser el único en Madrid. No me interesa, simplemente. Me aburre soberanamente el teatro -cuando acudo me paso la función bostezando- y lo que más me revienta es esa expresión que está en boca de todos lo mozalbetes, y no tan mozalbetes: «¡de Lope!». Que pasa una hermosa dama por la calle... ¡vaya hembra... de Lope!, que el conde de Lemos se ha construido un palacete enorme... ¡de Lope! Hasta cuando a uno se le escapa una ventosidad el de al lado le dice... ¡de Lope! **(Lo dice sin perder la compostura, con gravedad manifiesta, al tiempo que vuelve a incomodarle la gorguera.)**

JOAN.- Agora que al Fénix lo van a enterrar y toda esta ciudad sin duda acudirá en pleno, seguro que hablarán de un funeral ¡de Lope! **(Sonríe.)** Por primera vez tendrá sentido el dicho.

AZÚA.- **(Que no le acompaña en su media gracia.)** Si siguen así, terminarán maniatando este desvalido y querido idioma nuestro. **(Lee por encima una de las hojas sobre la que acaba de escribir.)**

JOAN.- Cuando gustéis...

(JOAN bebe a pequeños sorbos, AZÚA lo observa.)

AZÚA.- Si hay algún dato incorrecto, os ruego interrumpáis mi lectura... Bien. **(Lee con suma rapidez, como de pasada.)** «Joan de Tárrega, nacido en Paterna, cerca del Turia, hace 28 años, hijo natural de su ilustrísima el canónigo Francisco de Tárrega, prócer insigne y hombre de bien...»

JOAN.- Más que hombre de bien, digamos, hombre de bienes...

AZÚA.- ¿Cómo?

JOAN.- Nada que tenga importancia, continuad...

AZÚA.- «... con residencia en Madrid, en la vivienda sita en la calle de los cerrajeros, propiedad de doña Luisa de Pastrana, viuda del célebre actor Juan de Pastrana... Declara, ante el juez don Félix de Azúa y Roca de Togores... en los siguientes términos...» ¿Todo bien?

JOAN.- **(Ausente.)** ¿Qué? ¡Ah, sí!, bien.

AZÚA.- «Que en la noche de autos, el compareciente dice haber estado paseando por la villa y divirtiéndose hasta altas horas de la madrugada en diversas tabernas, bodegones y establecimientos cuyos nombres no recuerda, como no recuerda (sic) haber tenido altercado alguno con ningún encapuchado, a no ser que la borrachera le hubiera inducido a tal tropelía...»

JOAN.- Es un buen resumen. Pocas líneas para tanta conversación.

AZÚA.- Joan, estas pocas líneas pueden ser suficientes para llevaros a la horca. Vuesa Merced no dice que no sea la persona que buscamos.

JOAN.- Todo Madrid, entonces, es sospechoso.

AZÚA.- No comprendo esa ambigüedad.

JOAN.- Creo que puedo permitírmela: no hay pruebas, don Miguel.

AZÚA.- Os equivocáis, hay una prueba concluyente que todavía no os he mostrado. Lo que nos falta es el motivo, lo que en derecho romano denominamos «móvil»... El porqué. Esa es la razón por la que estoy aquí; si la hallara, el caso se cerraría de inmediato.

JOAN.- Exacto: por qué. Cómo alguien que sólo le debe gratitud al más egregio de nuestros literatos puede ser capaz de cometer algo tan execrable. Imposible. La lógica del proceso se derrumba. Observe la primera cara de la verdad, don Miguel, puede ser definitiva: cuando al Fénix lo «invitaron» a dejar Madrid y eligió Valencia para vivir con su familia no podía sospechar, ni de lejos, qué ciudad le esperaba. Lope de Vega no sería Lope de Vega sin ese Turia lleno de vida, sin ese Puente del Real, sin ese puerto donde desembarcaban los más impresionantes cómicos italianos. Allí está en pleno bullicio la Casa de la Olivera, la Contraria de Sant Narcís..., que no tenían que envidiar nada a los mejores corrales madrileños. Valencia ha enseñado al Fénix el teatro y la vida -que por algo es la ciudad con más «casas llanas» y putas del imperio-. Allí empezó a hacerse el autor que es hoy. Allí conoció a mi padre, compañero de tertulias y correrías. Los nocturnos, les llamaban, resulta fácil imaginarse por qué. Allí me conoció cuando yo, un tropiezo inoportuno, no era sino un mequetrefe y se interesó por mi suerte. Al parecer crecía muy rápido y la sotana de mi padre pesaba demasiado. Me había convertido en una pequeña incomodidad para su carrera eclesiástica, que era mi padre un hombre con ambiciones y, aun conociendo que es práctica habitual en el clero esconder descendencias imprevistas, no podía dejar que una menudencia como yo le frenara su ascensión. Y entonces apareció don Lope, que me había tomado cariño desde el primer día que nos reímos con Bottarga, junto a los andenes, haciendo de Pantalón sobre una carreta.

Don Lope, tan generoso él, se hizo cargo de mi custodia, se preocupó por continuar mi formación hasta que me trajo, de vuelta del destierro, a Madrid, me enseñó el oficio y las triquiñuelas del arte de hacer comedias, me instaló en esta casa y me hizo su ayudante... Permitidme que ahora sea yo el que os interroge, señor Juez, sólo haré una pregunta: ¿Es posible que exista corazón humano capaz de convertir tanto favor en el odio necesario para coser a cuchilladas a alguien tan desprendido...?

AZÚA.- Desde esa vertiente, desde luego que no... mas creo conocer, según me han contado, otra...

JOAN.- ¿Otra verdad?

AZÚA.- La otra cara.

JOAN.- Para la justicia no debe existir.

AZÚA.- Para la ley, sí. ¿Qué os sugiere este título?: *La amistad pagada*.

(**JOAN no puede disimular el efecto que le ha producido escuchar estas últimas palabras. Calla.**)

¿Os habéis quedado mudo?

JOAN.- Es una comedia.

AZÚA.- Para vos, un drama. Al parecer una de las que más fama le ha dado hasta la fecha a Lope, según colijo por las impresiones hechas no sólo en Madrid, sino en Zaragoza, Amberes, Milán...

JOAN.- Bernardo Grassa tiene la culpa de ello... no yo.

AZÚA.- ¿De qué?

JOAN.- De haberla difundido por todo el mundo, recopilada entre otras muchas obras...

AZÚA.- Pero las otras no os importan, según me han informado. Os importa ésta.

JOAN.- ¿Por qué?

AZÚA.- Porque vos sois el autor... y no el Fénix, que se la apropió...

JOAN.- Un simple descuido.

AZÚA.- ¿De veras lo creéis así? **(Pausa.)** Ni simple ni descuido.

JOAN.- ¿Y a vos quién os ha proporcionado la información? Sólo tres personas lo saben: Cartilla, que es una tumba en estos temas; Blanca, con la que no habéis tenido tiempo para hablar, y el Fénix, al que le resulta imposible ya confesar sus pecados de juventud...

AZÚA.- Os equivocáis. No obstante, queda claro que no todo ha sido placentero entre don Lope y vos.

JOAN.- Entre amos y criados siempre existen desavenencias... Y no andan por ahí, a cuchilladas.

AZÚA.- ¿Así que os consideráis criado de don Lope?

JOAN.- Vivimos en una patria plagada de Criados. Uno es criado de un criado y a su vez tiene criados, y así hasta el Rey. Que el mismísimo Lope ha sido criado -a él le gustaba le llamaran «secretario»- de diferentes señores; el último, el duque de Sessa... ¿Vuesa Merced no dispone de servicio?

AZÚA.- Unos cuantos. No pasan de veinte.

JOAN.- Pocos son.

AZÚA.- *La amistad pagada*, el título tiene miga. ¿Así os pagó el Fénix?

JOAN.- El Fénix me ha pagado mucho más.

AZÚA.- Creo que no sois sincero.

JOAN.- ¿Puede ser alguien sincero ante un juez?

AZÚA.- Olvidad mi condición y habládme como hombre. No estáis ante un incondicional más del Monstruo. Quiero saber más allá de los panegíricos que redacta ese tal Montalbán...

JOAN.- Según él, de Lope es la comedia.

AZÚA.- Según él, Lope es Dios.

JOAN.- A lo mejor, lo es.

AZÚA.- ¿Y vos hablabais al principio de cinismo? Seguro que esto os suelta la lengua...

(Va hacia la cama y descubre la prenda que había dejado al entrar en la habitación. Es una capa. Se la muestra. Tiene manchas de sangre y presenta numerosos descosidos y rotos.)

¿Os es familiar esta prenda?

JOAN.- (Toma la capa y le enseña un dobladillo a la altura del cuello. Lee.) *Félix Lope de Vega.* En todas sus capas se hacía bordar el nombre.

AZÚA.- En efecto. Pero esta capa no la llevaba puesta cuando fue atacado. La encontramos cerca de donde tuvo lugar la emboscada.

JOAN.- ,Y cómo se puede entender que Lope se atacara a sí mismo?

AZÚA.- Seguíis en vuestras trece: sabéis que existen al menos once o doce capas como éstas en Madrid, que Lope las suele regalar a sus íntimos, como a vos... Lope también os regaló una. Doña Luisa me lo ha confirmado. Enseñádmela.

JOAN.- La perdí.

AZÚA.- Ajá, así que la perdisteis... ¿Dónde?

JOAN.- No recuerdo bien.

AZÚA.- Yo os lo diré: entre unos matorrales. Es ésta.

JOAN.- Ésta no es mi capa.

AZÚA.- Sois tan mal mentidor como espadachín.

JOAN.- Qué insinuáis.

AZÚA.- No insinúo, doy fe: que esta capa es vuestra y que vos fuisteis el autor de las cuchilladas...

JOAN.- Eso sólo lo podría asegurar el mismo Lope y, desgraciadamente, no puede...

AZÚA.- ¿Por qué?

JOAN.- Por qué va a ser: porque forma parte para siempre del silencio.

AZÚA.- ¿Sí?

JOAN.- Al menos eso he deducido de vuestras palabras.

AZÚA.- Cada cual oye según su conveniencia, amigo Joan. Lope está más vivo que vos. Y que yo, desde luego, que no aguanto más esta lechuguilla y que así pongo fin a la farsa. (**Se arranca la gorguera.**) Qué descanso, ahora entiendo el talante de algunos jueces. Me presento: mi nombre es Mateo, Mateo Morales...

JOAN.- ¿El actor?

AZÚA.- El mismo, amigo hasta la médula del Fénix, a quien venero y del que he representado sus comedias de más éxito. Ayer noche llegó maltrecho a casa, sudoroso, el rostro desencajado, me contó el percance: un embozado lo había intentado matar. Para variar no había perdido el humor, bromeaba sobre la torpeza e inexperiencia del asaltante y me confesó que no le costó desembarazarse de él, aunque éste no paraba de asestarle cuchilladas sin la menor puntería creyendo el infeliz que remataba lo que ya había muerto. A la media hora volvimos al lugar y hallamos no muy lejos esta capa que Lope reconoció al instante. Decidió esconderse en mi casa ante el acoso de alguaciles que se avecinaba y el tumulto que su figura siempre motiva. Durante toda la noche hemos preparado este plan, determinados a investigar por nuestra cuenta antes que la justicia tomara cartas en el asunto, a Lope no se le quiere demasiado entre las altas magistraturas y las pesquisas podían ponerle en algún aprieto si, como ha resultado, los hechos resultaban ser los que barruntaba. Yo me debía presentar aquí y sacaros, casi de soslayo, la verdad, para lo cual, según indicaciones del Fénix -que te conoce mejor que nadie- debía ganaros la confianza desde la complicidad de ser uno de los vuestros, verbigracia, uno de los que no están de su parte... Tomé como modelo, precisamente, un juez al que Lope no le cae demasiado simpático. Así lo hice y pardiez que habéis resistido más terco que una mula. Me ha costado sacaros una palabra comprometedora, pero el cuerpo no miente -eso lo sabe un buen actor como yo- y os ha delatado. Eso es todo. Mi papel ha terminado. Ya tengo materia suficiente que contarle.

JOAN.- ¡Lope vive! (**Se derrumba.**)

MATEO.- De peores que ésta ha salido. Una cosa debéis tener clara: aun sabiendo que os ha podido causar algún daño, nunca pudo entrar en sus entendederas que os convirtiera en su peor enemigo...

JOAN.- ¿No?

MATEO.- Según me confesó, el firmar vuestra obra se debió una vez más a la premura. Un encargo incumplido, una obra que aún ni siquiera estaba pergeñada y, de golpe, le viene a sus manos, como un milagro, esa comedia que vos habíais estado escribiendo...

JOAN.- Más de dos años tardé, entre vigilia y vigilia, después de satisfacer, uno a uno, sus mezquinos encargos para la semana siguiente. Escribía de madrugada, muerto de sueño, llevado por la ilusión de saber que esos versos eran sólo míos. Cuando la terminé me entró una vergüenza enorme al tener que enfrentarme al juicio final, el del dueño de la escena, mi amo. Se la presenté y apenas si le dio importancia, «diantre, Juanito, esto tiene buena pinta, a fe mía que he de leerla con detenimiento», y se la llevó junto a un par de comedias y un drama que habíamos concluido en apenas unos días. Esperé más de medio año. No me atrevía a preguntarle: esperaba su visita para comprobar si mi osadía podía llegar al fin. Se me adelantó, una vez más. Un día, de sopetón, lo dejó caer: «Por cierto, Juanito, que me ha sorprendido tu comedia. Has tenido un buen maestro, rapaz». Y yo me sentí el autor más laureado de las Españas. Al poco tiempo supe por Cartilla que la obra se había representado en Valladolid y había obtenido un éxito clamoroso...

MATEO.- Le salvaste de un buen aprieto. No ignoráis los apuros económicos en que el Maestro está sumido de continuo, que debe mantener una familia que son diez familias al mismo tiempo. Iba su pellejo en el empeño. Te aseguro que Zapico, el más temible de los autores, quien le había adelantado algunos doblones, le hubiera colgado de una garabita de la Puerta del Sol si Lope no le lleva una comedia en el plazo acordado. Y echó mano de la primera que encontró... Es más, sé que es duro reconocerlo, no deja de ser la obra de un principiante. Si la comedia de *La amistad pagada* triunfó fue porque el Fénix estampó su firma al final, no lo dudéis...

JOAN.- Quizás, pero aquello me abrió los ojos, o me los cerró para siempre. Un día llegó con uno de sus tabardos...

MATEO.- Esta capa...

JOAN.- Era una de sus favoritas, me la regalaba a modo de excusa y perdón. No me miraba a los ojos. Tampoco se atrevió a decirme toda la verdad pensando que yo la desconocía por completo. Me dijo que se había visto obligado a tomar prestada parte de mi comedia para resolver un asunto delicado. Y sin más, pasó a los encargos: una segunda jornada, varias décimas, afeitar varios romances, muchas sagradas escrituras y el refrito mitológico de costumbre... El relleno. Como si no hubiera pasado nada. Antes de marcharse, viéndome postrado y de mal humor, me comentó con una de esas sonrisas tuyas de par en par: «Venga, Juanito, que eres todavía muy joven y te queda mucha gloria por regalar...» Yo vacilé al pensar si es que tenía la intención de seguir incorporando a su repertorio «glorioso» cuanto yo escribiera o se refería únicamente a mi futuro como autor. Y me sentí el joven con veinticinco años más viejo de la historia. Para postre, tropecé con mi imagen reflejada en un ventanal: como si la furia del tiempo se desatara en mi rostro, imaginaba las canas y las arrugas de quien se iba a pudrir en aquella habitación, escribiendo para otro y arreglando sus flecos. **(Pausa.)** ¿Alguna vez habéis pensado en la eternidad?

MATEO.- ¿La eternidad? Tocad madera, que esa es materia celestial y de los curas, y termina siendo difícil de digerir...

JOAN.- El deseo de perpetuidad, más allá de las leyes de la naturaleza. Perdurar, vivir siempre...

MATEO.- No hay oficio ni arte más efímero que el del actor. Nuestra gloria se quema día a día en el escenario. Vivimos la fama y el honor de sabernos los amos de un instante, pasado el cual ya no somos nada. Ni siquiera un recuerdo. Queda la obra, el personaje, nunca el actor que le da vida.

JOAN.- Pero la palabra escrita sobrevive. *Scripta inanent*, que dicen nuestros clásicos. Hasta aquel día nunca lo había tenido en cuenta, después tuvo que pasarme aquello para pensar que si yo había aceptado engordar la eternidad de Lope era porque me sentía partícipe de su empresa. Estaba equivocado; con el paso de los años, Lope seguiría viviendo en la inmortalidad de sus obras y el secreto de mis versos quedaría enterrado conmigo para siempre. Digamos que, a partir de entonces, el Fénix comenzó a descubrirme las múltiples caras de la verdad.

MATEO.- Vive Dios que hemos encontrado al fin un motivo, aunque más parece propio de los dioses que de los humanos.

JOAN.- Un motivo que las leyes no podrán entender nunca. Sigue sin existir en este caso un móvil sólido, mi dilecto «Juez». Los magistrados no escuchan los cuerpos, se ciñen a las palabras.

MATEO.- Para Lope es más que suficiente. Él decidirá.

JOAN.- Así sea, aunque ni él, ni vos, ni magistrado alguno ha de saber, a ciencia cierta, lo que pasó.

MATEO.- Por supuesto, nos movemos entre sombras.

JOAN.- Como mis sentimientos hacia Lope, os aseguro que están llenos de claroscuros, de amor y de odio.

MATEO.- Es la época que nos ha tocado vivir, Joan. Por cierto... ¿No habéis vuelto a escribir vos solo una comedia?

JOAN.- **(Pausa.)** No. Me he resignado a ser simplemente un poeta remendón, y a dejar que me roben de vez en cuando alguna buena idea o algo más. El destino, supongo.

MATEO.- Una pena. Si decidís reiniciar vuestro camino hacia la gloria, me placera acompañaros.

JOAN.- Lo tendré en cuenta

(MATEO recoge el material que había dejado sobre el escritorio de JOAN. Va a marcharse.)

Os olvidáis la capa.

MATEO.- Es vuestra.

JOAN.- Es de Lope.

MATEO.- ¡De Lope! Como yo, como todo lo de aquí.

JOAN.- Lleváosla, os lo ruego.

(MATEO la recoge. JOAN le acerca la gorguera que el actor había arrojado al suelo.)

MATEO.- Está bien: Lope la aportará como prueba al presentar la denuncia. Mañana a primera hora se presentará ante vos un alguacil «en toda regla». Tenéis tiempo, no obstante, para escapar.

JOAN.- ¿Quién quiere escapar? Espero noticias que acaso den algo de luz al futuro...

MATEO.- Luego... ¿contaréis vuestra aportación a la «inmortalidad» del Fénix?

JOAN.- Tal vez.

MATEO.- Vais a hacer feliz a muchos de sus enemigos.

JOAN.- Preguntad a Lope qué clase de justicia desea.

MATEO.- Eso os lo puedo responder sin temor a equivocarme: los jueces, en el escenario; fuera, ni en pintura.

JOAN.- Habéis sido un excelente juez. Una buena interpretación.

MATEO.- Debo de haber envejecido más de la cuenta: hasta doña Luisa picó, también es verdad que tuve suerte en el reparto, me tocó un personaje singular en extremo...

JOAN.- Decid a Lope que su hormiga quiere cambiar el suyo.

MATEO.- No es menester: lo sabe desde ayer.

(Se va. JOAN observa la poca luz que entra por los altos ventanucos. Está anocheciendo. Después mira hacia la puerta, allí vigila el retrato de LOPE.

Espera la llegada de CARTILLA.

Y mientras tanto se siente tan viejo como cuando tenía veinticinco años y alguien le robó la amistad.

Oscuro gradual.)

Jornada III

¿Nunca?

Salvo la tímida luz del amanecer, que va entrando lentamente, todo permanece igual en el sótano donde JOAN, ahora, vuelve a dormirar sobre el escritorio, en clara muestra de simetría con la Jornada I. A sus pies, un pequeño hatillo. Se oyen pasos. JOAN se despierta sobresaltado, y acude hacia la puerta. Entra BLANCA.

JOAN.- Válgame Dios, *Blanquica*, que ya empezaba a pensar lo peor.

(Pausa. La abraza.)

¿Y tus cosas? Hay que darse prisa, de un momento a otro pueden venir por mí. **(Va hacia el hatillo.)**

BLANCA.- Espera, Joan, he venido sólo a despedirme. Perdóname.

JOAN.- ¿Qué dices?

BLANCA.- Que me voy de esta casa, así lo ha decidido el Ama. Me ha encontrado otra dueña, no me queda otro remedio que aceptar lo que soy. Te juro que lo siento.

JOAN.- ¿Que lo sientes? Te estoy ofreciendo que nos vayamos de aquí para siempre, mírame, por Dios, te estoy pidiendo que nos casemos, que formemos una familia, lejos de aquí, donde podamos olvidar todo esto, sin amos ni amas que decidan por nosotros. No hemos nacido criados, Blanca.

BLANCA.- Lo sé, y no es eso. No puedo, créeme. Y por lo que más quieras, no hay nada que desee más en el mundo; te aseguro que tengo mis razones y no quiero hacerte daño, déjame.

JOAN.- Sé cuáles son esas razones, mejor dicho, la razón: el miedo. El miedo a unirse a un derrotado que no tiene futuro y arriesgar un presente que, al menos, te da acomodo. El miedo a huir hacia adelante.

BLANCA.- No, no es eso. Te quiero demasiado. Te quiero porque eres lo más frágil que se me ha cruzado en la vida. No. Me he pasado toda la noche soñando con ese mar del que me hablas. Hasta podía olerlo. Me he pasado toda la noche soñando contigo. Eran sueños imposibles. Si nos hubieran dejado un poco de tiempo, antes, para los dos... Todo ha ido, de repente, tan deprisa... Hemos pasado los días viéndonos, queriéndonos a escondidas, queriéndonos con la mirada, vigilados. Vete tú, aléjate de aquí. Sigo sin entender lo que ha pasado pero no quiero perderte para siempre y sé que si entras en prisión será el fin...

JOAN.- Sin ti no voy a ninguna parte.

BLANCA.- No seas loco.

JOAN.- ¿Y si mi comedia hubiera sido un éxito?

BLANCA.- ¿Ha estado aquí ya Cartilla?

JOAN.- Vendrá de un momento a otro. Debe de haberse enterado de todo e imagino que estará viendo la forma de acercarse por aquí sin comprometerse.

BLANCA.- Joan, si me quieres, confía en mí. Ya sabrás mi verdad, cuando no te haga daño, entonces entenderás que el azar es así, me olvidarás y podrás seguir tu vida.

JOAN.- ¿Qué vida? Sólo la imagino cerca de ti. Te he deseado tanto en silencio. Te he deseado entre sonetos, romances, Reyes Godos, Condes, apóstoles, amantes casquivanas y traidores... Te he querido sin despegar la vista de los libros. Y he imaginado cómo debe de ser poseerte y pisar el cielo. Te quiero, Blanca, te lo pido por última vez, no puede existir una razón más poderosa que este amor, que esta necesidad, ¡al infierno todas las literaturas!, no aguanto más esta soledad que me asfixia, te lo ruego, escápate conmigo...

(En el umbral de la puerta aparece la silueta de DOÑA LUISA. BLANCA, al verla, se dispone a recoger las bandejas y las copas que han permanecido desde la visita del juez-actor.)

DOÑA LUISA.- Ya lo hago yo, Blanca. Prepárate. Partimos enseguida.

(BLANCA sale.)

Blanca va a cambiar de amos. Era lo más juicioso, teniendo en cuenta su estado.

JOAN.- ¿Qué?

DOÑA LUISA.- Te aseguro que no me importa la opinión de la gente. No es eso. El teatro abre las mentes y te enseña a comprender y tolerar el mundo. Otra cosa es poder mantener en casa preñeces inoportunas, al fin y al cabo también soy una criada y se me acumula demasiada faena como para tener que preocuparme de otros asuntos.

JOAN.- ¿Blanca encinta?

DOÑA LUISA.- Y voto a Dios que he intentado sacarle en vano el nombre del padre. Sé que era éste su cuarto favorito y que necesitaba más tiempo que los otros para «limpiarlo a fondo», aunque sólo hay que echar una mirada para darse cuenta la clase de limpieza que os llevabais entre manos. Eso no quiere decir que...

JOAN.- Ojalá hubiera sido así...

DOÑA LUISA.- ¿No lo fue?

JOAN.- En sueños, tal vez, que no hemos ido más allá del beso enamorado...

DOÑA LUISA.- ¿Estás seguro?

JOAN.- Doña Luisa, sabe usted bien que así es. Sois demasiado inteligente para no daros cuenta. Y harpía.

(JOAN se sienta, abatido. DOÑA LUISA sonrío.)

DOÑA LUISA.- ¿Entonces quién habrá sido el «autor»...?

JOAN.- No es difícil imaginárselo.

(Sale DOÑA LUISA un momento de la habitación y entra llevando entre los brazos una nueva capa, similar a la que se había utilizado como «prueba», aunque ésta aparece reluciente y nueva.)

DOÑA LUISA.- Un presente de don Lope. Hace un rato pasó por aquí. **(Sonríe.)** Gracias a Dios que todos esos rumores no han sido más que intrigas infundadas, Félix goza de una excelente salud y me ha pedido que aceptes esta capa de gala, ha sabido que la anterior que te regaló la has perdido y aprovecha la ocasión para reponer tu vestuario y agradecerte así la labor que día a día realizas...

JOAN.- Don Lope siempre tan amable.

DOÑA LUISA.- Cada vez más, querido. Le conté la visita del juez instructor y mi error súbito al situarte en mitad del embrollo. No hay ojos más profundos en todo Madrid. Lope ríe con la mirada y según ella darías su brazo por él; y añadió, ya de palabra, que eres incapaz de hacer nada malo a nadie, y menos a tu «protector»; que hay almas que nacen buenas como tú y, como bien nacidos, saben ser agradecidos. Te pido disculpas, pues, ya sabes, me cegó el aprecio que siento por el Fénix.

JOAN.- Creedme que ya no tiene la menor importancia, doña Luisa. ¿Y os habló su mirada de la causa de tan repentina desaparición?

DOÑA LUISA.- Que quede entre nosotros. **(Adoptando cierto tono confidencial.)** Asuntos del Santo Oficio, en cuyo tribunal interviene como hermano menor desde hace meses. Secretos bien guardados que le obligan a la máxima discreción, tanto es así que se llegó a pensar había sido acuchillado por un despechado. Nada de eso ocurrió, que no se ha presentado denuncia alguna en el juzgado, y -palabras de don Lope que me ha pedido te repitiera- «hay que olvidar las pesadillas porque lo que nunca pasó no tiene que cambiar el rumbo de las cosas».

JOAN.- Así que todo está igual.

DOÑA LUISA.- Gracias a Dios.

JOAN.- Todo menos Blanca.

DOÑA LUISA.- Precisamente Blanca irá a servir a su casa, que así me lo ha solicitado él personalmente; ya sabes que se tienen mucho cariño. Allí podrá llevar su embarazo sin apuros y, de paso, cuidar a doña Juana, que desde hace meses no levanta cabeza...

(Entra CARTILLA, acalorado.)

JOAN.- ¡Cartilla! ¿Hay buenas noticias?

CARTILLA.- Y tan buenas. **(Constatando la presencia de DOÑA LUISA.)** Que el amo, con el que acabo de estar, luce más fuerte que un chopo, y toda la villa lo festeja despejando los malos augurios de quienes tienen la boca demasiado grande... **(Jadea.)** Vaya carrera me he pegado, disculpen Vuestas Mercedes que hable entrecortado: he corrido más de una legua hasta llegar aquí.

DOÑA LUISA.- ¿Y a qué se debe tanta prisa?

CARTILLA.- ¿A qué? A qué va a ser: que don Félix tiene trabajo atrasado y me ha mandado «encomiendas» de última hora, Juanito...

(JOAN pone mala cara.)

Joan, «disculpad». ¿Doña Luisa, podríais traerme una *jarrica* de agua, o de vino en su defecto?, que me muero de sed, y así se me refrescará la memoria... Son tantos los encargos, y tan precipitados, que no es de extrañar se me olvide alguno...

DOÑA LUISA.- Vuelvo al instante.

(Mientras sale, CARTILLA expone los encargos, disimuladamente. Sin perder de vista la retirada del ama.)

CARTILLA.- Preparaos: doña Juana de Nápoles, la Reina, y el Rey de Hungría, Carlos... mmm... ¡Ah, Santiago Apóstol! Mucho que estudiar, quiere escribir sobre ellos y necesita lo de siempre: que mires en la historia y le detalles adecuadamente peripecias e intrigas, que los amoríos ya se los inventará él. Está detrás del encargo el mismísimo don Pedro Docón, Caballero de Santiago y... **(Cuando ve que DOÑA LUISA ya no puede oírles... suspira con satisfacción.)**

JOAN.- *El diablo en palacio*, qué te dijo tu compadre.

CARTILLA.- Disculpa primero por no haber venido antes pero, el diablo en persona me lleve, que me ha sido imposible, que no di yo con él, digo, con el «desaparecido», sino que antes dio él conmigo a través de no sé cuántos terceros, y no había forma de acercarse aquí. Además...

JOAN.- No importa, por Dios, Cartilla, que me va la vida en ello...

CARTILLA.- Es que alguien extendió el grandísimo bulo de que habías intentado... acabar a cuchilladas con el Maestro... ¡qué malintencionada lengua tiene la gente! Y después para terminar resultando todo la penúltima juerga del Monstruo, que yo no sé cómo aguanta el cuerpo, a su edad...

JOAN.- ¿Eso te ha dicho?

CARTILLA.- Sí, tenías razón: es incorregible. Ni en Palacio montan esas farras...

JOAN.- Dejemos eso ahora. Está a punto de llegar doña Luisa y me da mala espina tanto rodeo, apura de una vez... ¿Qué suerte ha corrido mi comedia?

(Pausa.)

CARTILLA.- Sólo te puedo hablar de la primera jornada, créeme que lo siento... que, según me refirió Bernardo, no pudo ver más.

JOAN.- ¿Llovió?

CARTILLA.- Sí..., mmmm... llovieron escupitajos. Y el caso es que todo parecía discurrir bien, hasta que concluyó la primera jornada, y llegó un entremés que el público celebró con gran contento, luego se arrancó sin venir a cuento una jácara, que no estaba prevista, y aquello fue el principio del fin, porque cuando los actores quisieron reanudar la comedia, los mosqueteros empezaron a silbar y a gritar *¡al infierno con el diablo!* Y hubo muchas risas y burlas y más saliva al aire y tormenta de huevos. Y empezaron todos a corear: «Lope, Lope... ¡Fuera malos imitadores!». Y el vulgo creció en el griterío y todos a una decidieron proseguir el baile y las canciones, dando por terminada la comedia... Eso es todo, sin haberlo sido.

JOAN.- (Pausa.) ¡Imitadores! Tiene gracia...

CARTILLA.- Así es y así pasó, aunque el mundo se revele tan injusto. A nadie le agrada dar tan malas nuevas.

(Entra DOÑA LUISA con una bandeja. Sirve una jarra de vino a CARTILLA y otra a JOAN.)

DOÑA LUISA.- A partir de ahora, yo me encargaré personalmente de estos quehaceres. (Mirando a JOAN.) Don Félix quiere que no os falte de nada.

JOAN.- ¿Vos también me habláis de «vos», doña Luisa?

DOÑA LUISA.- Más en presencia de un lacayo. Disculpadme antes, me tendré que acostumbrar. Algunas cosas han de cambiar entre nosotros, querido Joan. Que os habéis convertido en todo un caballero en esta casa y mi necedad no se ha dado cuenta hasta hoy...

CARTILLA.- Bien está que cada uno ocupe, al fin, el sitio que le corresponde. Y yo, habiendo cumplido con peticiones y recados, será mejor me vaya con la memoria a otra parte. ¡Esta tarde vuelve a haber función! Imagínate... (A JOAN.) Excusadme, «imaginaos» cómo va a estar hoy La Pacheca, con comedia y presencia del Fénix, después de los últimos aconteceres... Va a ser... ¡de Lope!

(Pausa.)

JOAN.- Tráeme aloja.

CARTILLA.- Esta vez la aguantaré fría. (Se va.)

DOÑA LUISA.- Creo que tenéis trabajo pendiente y será oportuno molestaros lo menos posible.

(Le entrega una campanilla.)

Si deseáis algo, no dudéis en llamarme, don Joan.

JOAN.- Podéis llamarme, simplemente, «hormiga». Seguiré llevando al agujero del Rey mis pequeños granos de gloria.

DOÑA LUISA.- No os entiendo, pero creo que volvemos a andar por el buen camino.

JOAN.- Por supuesto, que nací para ser... ¡de Lope!

(Sale DOÑA LUISA.)

JOAN va hacia alguno de los tomos de historia que se apilan sobre el suelo, busca el que necesita, dispuesto a reanudar su actividad «remendadora». Siente la tristeza de una luz que apenas se cuela por los ventanucos.

La puerta, detrás de él, se abre lentamente. La silueta del Fénix proyecta una sombra que lo invade prácticamente todo.

Y se va haciendo oscuro muy lentamente.)

«(...) y perdóneme vuestra excelencia el escribirle así, y de tan mala letra, que estoy metido en una gran refriega, porque viniendo de los Descalzos el lunes a las ocho de la noche, me dieron muchas cuchilladas sin que pudiera desenvolverme; no me hirieron, que los que ven mi capa lo juzgan a milagro; antes la persona que intentó lo que digo cayó en unas piedras y dejó allí mucha sangre, de donde se entiende que yo estaba inocente y él engañado. Hase alborotado el lugar...»

Manuscrito autógrafa de LOPE DE VEGA dirigido al
DUQUE DE SESA, fechado entre noviembre y diciembre
de 1611.

FIN